

# Una aproximación a las influencias del interregno uriburista sobre el campo político cordobés (1930-1931)

**Esteban Chatelain**

estebanchatelain@gmail.com

Licenciatura en Historia. Director de TFL: Dr. César Tcach  
Recibido: 24/04/17 / Aceptado: 21/11/17

---

## Resumen

El trabajo se propone repasar algunas de las consecuencias políticas que trajo aparejadas la experiencia Uriburista, que se inició con el golpe de estado militar que se llevó a cabo el seis de setiembre de 1930 y que concluyó con las elecciones presidenciales de noviembre de 1931, que otorgaron el triunfo al Partido Demócrata nacional. A lo largo de este artículo se hará hincapié en esclarecer los cambios en las representaciones que experimentaron algunos actores políticos que participaron de esta experiencia, así como las mutaciones organizativas que afectaron a los partidos políticos que operaron en el campo de la provincia de Córdoba durante este período.

Palabras clave: Uriburismo- partidos políticos cordobeses- representaciones políticas

---

## 1. Introducción

En el marco de la historiografía nacional el interregno uriburista constituye un período que aún contiene enigmas importantes, si bien el análisis académico y sobre todo las interpretaciones más cercanas al sentido común le otorgan –creo que muy correctamente– un significado centrado fundamentalmente en la idea de “quiebre” en la historia política y social de país, quedan en gran medida por determinar sus más íntimas particularidades.

Aunque es estrictamente cierto que el gobierno emergido en setiembre de 1930 constituye la primera dictadura militar de la historia del país y la prueba de un cambio radical en el rol político de las fuerzas armadas, poco se sabe por ejemplo del papel de los partidos en todo este proceso o de los aspectos más concretos del proyecto político

nacionalista, que impulsó desde Córdoba el máximo ideólogo de la experiencia Uriburista, el interventor Carlos Ibarguren.

Es probable que la naturaleza fallida de este proyecto y sus manifiestas incoherencias hayan despertado poco interés en los analistas, pero desde mi punto de vista es precisamente su fracaso lo que lo hace más relevante. Al igual que muchas iniciativas políticas del siglo XX argentino, el nacionalismo tradicionalista y el gobierno uriburista cargan irremediabilmente con la pesada herencia histórica de su inconclusión, es como si a partir de esta experiencia todos los mecanismos para lograr consensos trascendentes en el marco del sistema político se hayan visto dañados por completo, condenando a las instituciones de la república y sobre todo a la democracia, a un largo peregrinaje por el desierto de las más variadas experiencias autoritarias y populistas.

En este sentido el Uriburismo y el golpe de setiembre de 1930 son percibidos desde la opinión pública y el sentido común como el inicio de una especie de “maldición militar”, que entre otras cosas dispensa muy efectivamente a los partidos y sobre todo al conjunto de la sociedad de las responsabilidades por los acontecimientos más oscuros de la historia nacional.

Como siempre lo cierto es mucho más complejo y fantástico de lo que estas visiones acomodaticias y maniqueas pueden hacer suponer, a lo largo de este trabajo intentaré dar cuenta de algunas de estas complejidades, haciendo centro en los cambios que experimentarían las representaciones políticas, que sin duda se proyectaron en la emergencia de nuevos interrogantes respecto de las instituciones del país, que traducían una crisis profunda de las certezas liberales que acompañaron el desarrollo del sistema político desde mediados del siglo XIX.

En este contexto Córdoba jugará un rol de excepción y las fuerzas políticas locales se redefinirán profundamente, ya sea por su relación con el nuevo elenco gobernante nacionalista y su interventor, especialmente en el caso del Partido Demócrata de Córdoba, o por su condición de principal blanco de todas las iras represivas de la dictadura, en el del radicalismo provincial.

Para unos y otros la nueva coyuntura incluirá un reto ineludible, y de acuerdo con él encararán la tarea imponente de resolver un abanico amplísimo de “dilemas organizacionales” que cambiarían para siempre el perfil de sus estructuras, condicionando la forma en la que se insertarían en el proceso político nacional y provincial en el futuro inmediato.

Un párrafo aparte lo merece un sector político cordobés que hasta 1930 no contaba con representaciones formales y que por el contrario se diseminaba transversalmente por todas las instancias políticas de la provincia, la derecha clerical, para este grupo el interregno uriburista también representará desafíos decisivos. Por primera vez en su historia

encará la tarea de constituir junto con su iglesia una institución representativa de sus intereses: la acción católica Argentina.

La nueva organización cristalizará todas las nociones movimientistas y masificadoras por las cuales la jerarquía católica venía abogando a partir de su enfrentamiento implacable con las instituciones liberarles y principalmente con la democracia, desde finales del siglo XIX. En esta lucha de largo aliento por la imposición de un nuevo perfil católico para las instituciones del país, la experiencia nacionalista en el gobierno, junto con su bagaje de desilusiones y frustraciones, representará entonces un momento clave para los clericales, el de su definitiva institucionalización.

Así, por acción u omisión, la dictadura de Uriburu generará las condiciones –muy a su pesar en muchos casos-, para que la política se transforme casi por completo en la provincia que elegiría como el territorio a partir del cual presentaría su proyecto político al país. Entre setiembre de 1930 y noviembre de 1931, los ardores y las pasiones de la vida partidaria brillarán en todos sus esplendores, rebalsando los estrechos marcos institucionales para desbordarse en más de una ocasión en enfrentamientos callejeros fogueados por una prensa furiosamente partidizada e involucrada activamente, que constituirá nuestra principal fuente en esta tarea analítica.

## 2. Desarrollo

### 2.a- El sentido del interregno Uriburista y los cambios en la temporalidad del proceso político

*“...No sé si nuestra sociedad será bolchevique o fascista.*

*A veces me inclino a creer que lo mejor que se puede hacer es preparar una ensalada rusa que ni dios la entienda...”*

\*\*

*“...El mal del siglo, la irreligión nos ha destrozado el entendimiento y entonces buscamos fuera de nosotros lo que está en el misterio de nuestra subconciencia. Necesitamos de una religión para salvarnos de la catástrofe que ha caído sobre nuestras cabezas...”*  
(Arlt, 1931:Pp.25-58).

En febrero de 1932, un recién electo gobernador Emilio Olmos, ya debilitado por una enfermedad que lo llevaría a la tumba en breve, analizaba con particular intensidad y muy lúcidamente en su discurso de asunción, el año y medio previo que a partir del estallido del movimiento insurreccional de setiembre de 1930, le había tocado vivir:

*Por ahora están excesivamente próximos los acontecimientos, falta toda perspectiva para el juicio completo, se juegan demasiados intereses absorbentes, perturban pasiones excluyentes, y resulta difícil apreciar las incidencias lejanas de la legalidad suspendida. Es por eso estéril esperar. Dentro del cuadro actual de la opiniones de la república, la apreciación equilibrada y razonada, el análisis tranquilo de todos los factores, el juicio concluyente, asentado sólidamente en la equidad, sobre los hombres y hechos que han marcado últimamente una etapa en la vida Argentina. La verdad incontrovertible no surgirá ni del dicitario de los desalojados el 6 de setiembre, que han iniciado su reacción lógica y humana, que intentarán el olvido y la amnistía para los hechos que impulsaron victorioso el movimiento...Pero ella tampoco surgirá del juicio fácil y superficial, de los que movidos por resortes afectivos o pasiones satisfechas, caído el personalismo todo lo han justificado, hasta los intentos inadaptables e inaceptables de regresión autoritaria, que en su hora combatimos con lealtad<sup>1</sup>*

Con estas palabras llenas de incertidumbre se adentraba la política Argentina en una nueva era conservadora, sólo factible por la configuración institucional definitiva de aquella

“república imposible” de la que Olmos había sido uno de los principales artífices, como fundador y alma mater del Partido Demócrata Nacional. Tal vez las enormes dificultades para entenderla que se perciben en este sincero análisis, sean el primer indicio visible, la primera consecuencia, de aquella *legalidad suspendida* con la que se inició.

En sus palabras, se destacan tres ideas fundamentales que creo describen perfectamente la interpretación que los actores políticos le dieron a la realidad que les tocaba vivir en los inicios de la era conservadora que se abría con la elección del general Agustín Pedro Justo para el cargo de presidente de la nación a finales de 1931, estas ideas eran las de “encrucijada institucional”, “incertidumbre política” y “nuevos tiempos”.

La primera por supuesto tiene que ver con la disputa en torno de la subsistencia de las instituciones democráticas en el país, que el nacionalismo tradicionalista había puesto notablemente en duda luego de la conferencia del interventor y principal ideólogo del nacionalismo tradicionalista, Carlos Ibarguren, en el teatro Rivera Indarte de la ciudad de Córdoba a mediados de octubre de 1930. Que develó al país en una de la primeras cadenas radiales de la historia, las intenciones del grupo revolucionario de institucionalizar a través de una inefable reforma constitucional, una especie de “representación corporativa”, que de hecho sólo aseguraba cupos de poder político “aceptables” para la oligarquía tradicional Argentina, marginada violentamente del poder a partir de la emergencia de la república verdadera en 1912<sup>2</sup>. Además, aquella “encrucijada institucional”, se vinculaba con el incontrastable papel que el ejército representaría en el escenario político de aquí en más, luego de haber operado inicialmente como un impensado soporte político esencial para un gobierno de facto, jaqueado desde el inicio por crónicos déficits de legitimidad.

La segunda idea hace referencia fundamentalmente al rol de los partidos antiirigoyenistas, que estuvieron muy lejos de

ser un protagonista secundario en todo este proceso, en el que cegados por un faccionalismo fuera de todo límite no sólo apoyaron activamente los propósitos destituyentes de la revolución de setiembre, hiriendo gravemente el ordenamiento democrático, sino que además se demostraron incapaces para controlar su sustitución política, cayendo progresivamente víctimas de las ambiciones del astuto general Justo, que finalmente encontraría en gran medida en las debilidades y miserias de sus aliados partidarios, la posibilidad de proyectar con su encumbramiento las profundas contradicciones que asolaron desde el inicio a la revolución nacionalista transmutada a partir de su liderazgo en era conservadora.

Para terminar, la tercera noción tiene que ver con la conclusión de la gran mayoría del arco partidario y de parte de la opinión pública nacional, de que la categoría de "modernidad", instalada junto con la organización del estado nacional en 1953 y la era liberal que le siguió, ya eran caducas en la turbulenta época que les tocaba vivir. Un "nuevo tiempo" se había instalado irreversiblemente como representación con aspiraciones de hegemonía en el mundo en general y en la sociedad Argentina en Particular, habilitando plenamente la entrada de nuevos actores corporativos en la escena política nacional. Es justamente hacia esta última cuestión, que por su amplitud en alguna medida subsume a las anteriores, adonde me gustaría dirigir por un momento el análisis.

El fenómeno político y particularmente el régimen político, no se configuran estrictamente a partir de un conjunto de prácticas o sólo como una representación, constituyen una combinación "orgánica" y por lo tanto compleja de ambas. Partiendo de esta definición, creo que los retos del análisis histórico de las relaciones políticas, obligan a enfrentar esta complejidad a partir de las definiciones precisas de los contextos sociológicos y simbólicos en los que se desarrollan estas relaciones. Para nuestro objeto, el interregno uriburista, es evidente que

este proceso estaba marcado profundamente por una crisis económica inédita en la historia, que pegaba con particular fuerza sobre una estructura productiva fuertemente dependiente y centrada todavía en la generación de materias primas; Pero adicionalmente esta dificultad se intersecaba con una evidente "crisis cultural", que como ya dije afectaba dramáticamente las certezas –y las instituciones– construidas a partir del alumbramiento de la era liberal a mediados del siglo XIX.

Esta coyuntura, operaba como un disparador de reacciones mutuamente excluyentes por parte de los actores individuales y colectivos, que iban desde un apuntalamiento vigoroso de los valores liberales y democráticos en crisis para partidos como el radicalismo Sabatinista Córdoba o el movimiento estudiantil reformador, hasta regresiones inefables a épocas completamente superadas por la dinámica de los procesos políticos previos, para sectores como el nacionalismo tradicionalista o los partidos conservadores; O bien, proponían el abordaje pleno de nuevas y audaces empresas políticas, fundamentadas en un esquema de valores políticos y prácticas completamente originales en la historia nacional, como el llevado adelante por la derecha clerical cordobesa y la jerarquía de la iglesia católica<sup>3</sup>.

A la sazón sería la instalación de ese presente de cambios tan contradictorios y complejos, lo que marcaría el ethos definitivo de esta época, su tono más distintivo, puntualmente el gobierno uriburista, con la crisis institucional que desató con su constitución de facto, inaugurará imprevistamente una serie de "experimentos políticos", que comenzarían con el nacionalismo repentinamente encumbrado en las cúspides del poder, para rebalsarse luego al radicalismo, el conservadurismo y el clericalismo, confirmando que las "mutaciones" serían generalizadas.

Siguiendo a Reinhardt Koselleck, está casi fuera de toda duda que la generalización de este proceso de cambios indicaba que era la propia "temporalidad" del proceso político argentino,

la que comenzaba a experimentar cambios dramáticos a partir de 1930. Pero cómo se define un "tiempo" en particular, según Koselleck, "...el tiempo histórico no sólo es una determinación vacía de contenido, sino también una magnitud que va cambiando con la historia, cuya modificación se podría deducir de la coordinación cambiante entre experiencia y expectativa..." (Koselleck, 1993:P.337), dos categorías entonces se pueden aplicar para definir con su relación el tiempo histórico que conviene analizar, son las de *espacio de experiencia y horizonte de expectativa*:

*la experiencia es un pasado presente, cuyos acontecimientos han sido incorporados y pueden ser recordados. En la experiencia se fusionan tanto la elaboración racional como los modos inconscientes del comportamiento...además en la propia experiencia de cada uno, transmitida por generaciones o instituciones, siempre está contenida y conservada una experiencia ajena...la expectativa: está ligada a personas, siendo a la vez impersonal, también la expectativa se efectúa en el hoy, es futuro hecho presente, apunta al todavía-no, a lo no experimentado, a lo que sólo se puede descubrir. Esperanza y temor, deseo y voluntad, la inquietud pero también el análisis racional (Koselleck, 1993:P.338).*

Es interesante el planteamiento de Koselleck, porque define al tiempo histórico como una variable plenamente dependiente: "...Cuanto menor la experiencia, mayor la expectativa, es una fórmula para la estructura temporal de lo moderno al ser conceptualizada por el "progreso". Esto fue plausible mientras todas las experiencias precedentes no fueron suficientes para cimentar las expectativas...si se realizan los proyectos políticos correspondientes después de haber sido originados por una revolución, entonces se desgastan las viejas expectativas en las nuevas experiencias..."(Koselleck,1993:P.356), como vemos aquí, las relaciones complejas entre experiencias y expectativas "configuran" el

tiempo histórico, y lo hacen en la práctica y la conciencia de los sujetos. Pasado y futuro operan en el presente como experiencia y expectativa, dándole sentido al mundo que reproducen en su acción.

Los análisis de Koselleck reflejan fundamentalmente una realidad alemana en particular y europea en general, es esa "modernidad clásica" la que define "el tiempo histórico" que determinan estas observaciones, para el caso Argentino, con su sociedad apenas rozada por la industrialización en los inicios de la década de 1930, ese proyecto "modernizador", nacido a mediados del siglo XIX con la unificación definitiva, estaba muy lejos de cumplirse y agotarse como horizonte político, cuando una parte importante de la comunidad política decidió abandonarlo o cambiarlo violentamente por una nueva idea de *modernidad conservadora* (Blanco.2008), que centrada en la movilización de masas y gestionada en un primer momento nacionalista por el intento de definición y la construcción de un inasible líder dictatorial, no tardaría en ceder su lugar de preeminencia a una jerarquía eclesiástica católica<sup>4</sup>, que optó por primera vez en su historia a emprender una lucha política a través del desarrollo de instituciones representativas propias, como la Acción Católica emergida en 1931, cuya misión subversiva consistiría en dar de baja definitivamente el viejo orden liberal para imponer la construcción de una nueva *nación católica* (Zanatta, 1996).

Aunque este último proceso impugnador del orden liberal quedaría también inconcluso merced a la oposición ineludible de los sectores juveniles reformistas y partidarios, probando en la disputa y la lucha, que en el pensamiento de muchos agentes políticos todavía el horizonte liberal no era capaz de *cimentar*, esto es de anular en la rigidez de lo realizado, las expectativas de un futuro mejor, sería lo suficientemente potente como para poner seriamente en entredicho al viejo proyecto político modernizante decimonónico encarnado y organizado esencialmente a través

del monopolio representativo de los partidos políticos.

Estas efectivas estrategias disruptivas de los sectores antiliberales, encontraron a partir de setiembre de 1930 en las debilidades implícitas del orden democrático construido a partir de 1912 y sobre todo en la disponibilidad de contar con un inédito control político de la institución del Ejército Argentino, una posibilidad de hacerse repentinamente con el comando del estado. Desde allí, se delataría dramáticamente la improvisación y finalmente la imposibilidad del nuevo grupo gobernante nacionalista para llevar adelante un proyecto político propio, que si bien denunciaba muy justamente muchas de las falencias más notorias de la democracia ampliada encarnada en el irigoyenismo, pareció no tener ninguna idea original respecto del futuro inmediato, como no sea poner en funcionamiento una especie de esquema institucional oligárquico ya ampliamente superado en las conciencias de las mayorías.

Luego del previsible derrumbe nacionalista a inicios de 1931 y la proscripción del radicalismo a finales de ese año, este estado de cosas habilitó a sólo un actor político a ocupar incómodamente el centro de la escena política, el conservadurismo, y esto a costa de mantener convenientemente vigente una precariedad temible, que redujo a todo el esquema institucional de la nación a un tinglado precario, a una "república imposible" (Halperín Donghi, 2004), gestionada por una decadente y debilitada élite partidaria conservadora, entregada sin tapujos al ejercicio del fraude y completamente incapacitada para ejercer una dominación estable y legítima. Lo que resulta notable desde el punto de vista de los retos analíticos, es que a pesar de esta imposibilidad para trazar un proyecto viable de futuro para la nación, este esquema se haya mantenido en el poder durante doce años en una especie de "presente perpetuo", que negando con su "provisoriedad" reconocida cualquier horizonte de cambio, sentaría las condiciones sociales y políticas para la

emergencia violenta de un nuevo régimen promediando la década de 1940.

Durante el proceso de construcción de este "tinglado institucional" que ocupó el período uriburista, los rastros de la batalla secular sin cuartel del clericalismo y el nacionalismo cordobeses contra aquella "modernidad" entendida como parida por la revolución francesa y representada sobre todo en el rol contradictorio y siempre intolerable de los partidos, se pueden seguir magníficamente en casi todos los editoriales del matutino *los principios*. Este enfrentamiento "recursivo" entre clericales y liberales, que constituye tal vez el clivaje más importante de la vida política contemporánea provincial y al que seguramente le podría caber fácilmente el adjetivo de "estructural", garantizó que el proceso de crisis abierto por la revolución del 6 de setiembre se viviera con particular intensidad en la provincia, desatando mutaciones profundas que no tardarían en proyectar a sus animadores al escenario nacional en los tiempos venideros<sup>5</sup>.

Lo más significativo de la experiencia uriburista en este orden local, es que la manifiesta inconclusión de aquella modernidad liberal ahora cuestionada, generó en Córdoba -no sin paradoja teniendo en cuenta el panorama nacional de resignación-, una resistencia vigorosa a las impugnaciones de los enemigos de la democracia, de parte de sectores fundamentales del sistema político provincial, que redefinieron sus luchas y sus métodos organizativos en aquella situación excepcional, sentando las bases para una experiencia democrática inédita, encabezada por el radicalismo Sabattinista, que se prolongaría por casi una década.

A medida que los "horizontes de expectativas" se iban reduciendo con cada estocada del gobierno nacionalista contra las viejas utopías liberales, cristalizadas en la clausura sistemática de los espacios institucionales de participación que habían sido inaugurados a partir del período de democracia ampliada, la juventud universitaria y la militancia radical y socialista cordobesa parecieron empeñados

casi desde el inicio en responder a la adversidad ampliando al máximo sus “espacios de experiencia”, demostrando una habilidad destacable para resignificar las tradiciones liberales en una clave mucho más centrada en la movilización y la militancia reformista, que les permitiría superar los retos crecientes que les planteaba la dictadura, saliendo evidentemente reforzados organizativamente de esta experiencia traumática<sup>6</sup>.

Mientras los estudiantes y los sectores progresistas y liberales cordobeses encontraron en la universidad un arrecife que les permitió sobrevivir casi hasta último momento las oleadas represivas cada vez más violentas que se generaban desde el crecientemente aislado y violento núcleo gobernante nacionalista, las dirigencias partidarias estarían condenadas a un deambular a la deriva por las aguas tumultuosas de la revolución, que los llevarían por rumbos tan diversos que hasta podrían inducir al error de poner en duda la naturaleza sin embargo común de los puertos desde los que partieron.

## **2. b- Los dilemas organizativos de los partidos desatados por la experiencia uriburista**

*“...cuervos que comieron de los despojos de la democracia Argentina, llamaron a los de la alianza los radicales...”<sup>7</sup>*

Como adelantaba, en Córdoba el proceso de crisis en las nociones de representación desatado por la revolución del 6 de setiembre estimuló el desarrollo de profundas mutaciones organizativas en el marco de los principales partidos que venían operando en el campo político provincial, casi a la inversa de lo que se producía en el terreno nacional, los partidos cordobeses parecieron no dudar ni por un momento sobre la continuidad de la democracia representativa una vez concluido el interregno Uriburista, que descontaban sería más que breve. A pesar de marchar en gran

medida a contramano de los procesos nacionales, los políticos locales demostraron estar más que dispuestos a “jugar” con las nuevas condiciones impuestas por la dictadura, y lejos de apelar a la cautela o a la desmovilización de sus partidarios que eran continuamente exigidas por las nuevas autoridades, insistieron en impulsar vigorosamente a sus organizaciones por los caminos de la “renovación” o de la “adaptación”, con suerte diversa.

Así, si en el terreno nacional la instauración de una democracia estable de partidos se percibía como cada vez más lejana a medida que el nuevo nacionalismo y el atávico faccionalismo hundían al país en una crisis política insondable, en Córdoba se sentaban las bases para un proceso de democratización inédito en su historia, que tendría como instancia institucional al partido radical y como principal animador a la juventud universitaria.

Siguiendo los razonamientos del politólogo Ángelo Panebianco, estas peculiaridades cordobesas llaman menos la atención, para este autor los rasgos elementales que adoptan los partidos como organizaciones tienen que ver menos con los manifiestos fines ideológicos que se proponen, o con las características sociales de las voluntades que coordinan, que con las particularidades del “ambiente” en el que desarrollan su actividad.

Partiendo de esta certeza “ecológica”, en sus análisis se preocupa menos por establecer características formales para los distintitos tipos de partidos, que por el esfuerzo en construir un esquema teórico que posibilite dar cuenta en el análisis de la enorme variabilidad que estas organizaciones pueden adoptar. En su proposición teórica, las características definitivas que cada partido adquiere, surgen de las soluciones que la institución ensaya en la práctica, para dar cuenta de lo que se define como “dilemas organizativos”: “...esto es, las exigencias contradictorias que cualquier partido, en tanto que organización compleja debe equilibrar de un modo u otro...” (Panebianco, 1990:Pp 34-35). Basándose en las clásicas proposiciones hechas a través de su historia

por la ciencia política, Panebianco identifica cuatro "dilemas" básicos que los partidos tienen que conjurar si esperan sobrevivir como organización, a saber: *I-modelo racional versus modelo del sistema natural. II-incentivos colectivos versus incentivos selectivos. III-adaptación al ambiente versus predominio. IV-libertad de acción versus constricciones organizativas.*

***I-modelo racional versus modelo del sistema natural:***

Este dilema opone a aquellos analistas que someten todas las características de una organización institucional a sus "fines organizativos" (modelo racional), en el caso de los partidos éstos se encuentran asociados por supuesto a los programas o las plataformas, que ciertamente funcionan como un ordenador poderoso de las pautas de acción de los miembros y encolumnan las voluntades detrás de fines específicos que articulan todos los intereses. Y aquellos que se inclinan por determinaciones vinculadas con el funcionamiento "informal" de las relaciones de poder entre los componentes de la organización o "*fines efectivos*" (modelo del sistema natural): "*...Los fines efectivos sólo pueden ser concebidos como el resultado de los equilibrios sucesivos logrados dentro de la organización...El único fin que comparten los distintos participantes, y no siempre, esto es, su mínimo común denominador (el que impide la "deflagración" organizativa) es la supervivencia de la organización...*"(Panebianco,1990:P.37).

Durante mucho tiempo estos dos tipos de determinaciones se excluyeron mutuamente en los distintos análisis partidarios que se realizaron, para Panebianco es precisamente esta actitud la que hay que superar y para ello, más que como alternativas excluyentes, las plantea como dilemas constantes que se imponen a los agentes políticos y que incluso funcionan en una relación orgánica hacia el interior de las organizaciones: "*...Ciertamente en una organización consolidada las actividades destinadas a asegurar la supervivencia, predominan en general sobre las relacionadas*

*con la búsqueda de aquellos fines para cuyo logro surgió la organización...*"(Panebianco,1990:P.38.).

Estas determinaciones jugaron un rol fundamental en el caso de los partidos cordobeses durante la experiencia Uriburista: para el partido Demócrata de Córdoba, "los retos" del nuevo ambiente se concentraron en la necesidad de mantener la estabilidad de las relaciones de poder en su interior, que fueron tempranamente amenazadas por la llegada impetuosa a la ciudad del interventor y figura clave del grupo nacionalista que asesoraba políticamente al dictador Uriburu, Carlos Iburguren. El propósito político más inmediato de Iburguren, fue instalar un candidato nacionalista dentro del partido conservador saltando las restricciones organizacionales y las instancias de poder locales<sup>8</sup>, con el objetivo de entregar el poder en el futuro a autoridades provinciales incuestionablemente asociadas con los fines políticos de la revolución.

Aunque la audacia de la maniobra sorprendió en un primer momento a la dirigencia partidaria establecida, ésta finalmente lograría frenar "el golpe de mano" encabezado por el interventor y acordaría con sus opositores la convocatoria de una convención partidaria que dejó en minoría al sector nacionalista, y reafirmó el poder de la fracción local encabezada por el ex intendente de la ciudad capital Emilio Olmos<sup>9</sup>.

Este primer desafío de la revolución hacia el interior de la organización partidaria de sus formales aliados cordobeses, determinaría a partir de aquí todas las relaciones y acuerdos que se desarrollarían entre estos dos sectores, que manteniendo desde ese momento una "tensa alianza" invariablemente siempre al borde de la ruptura probaría al máximo la clásica aptitud adaptativa de las fuerzas conservadoras, históricamente guiadas por un pragmatismo y una voluntad de acceder a los beneficios de poder sobre el estado, descarnadas.

Si para el caso de los conservadores cordobeses y sus relaciones con la revolución uriburista se impone un análisis que debe

apelar sobre todo a las determinaciones planteadas a partir del “*modelo natural*”, para los radicales las previstas en “*el modelo racionalista*” parecen esclarecer más ampliamente las dramáticas metamorfosis organizativas sufridas a partir de la puesta en marcha del nuevo contexto dictatorial. El radicalismo de Córdoba vivió la revolución y la ola de persecuciones que desató como un desafío organizativo mucho mayor, ya que su dirigencia partidaria cayó rápidamente en las garras represivas del nuevo gobierno, sufriendo detenciones y persecuciones de todo tipo, que culminaron con el alejamiento de muchos de sus principales exponentes y sobre todo con la pérdida de sus posiciones en la estructura burocrática del estado<sup>10</sup>.

Esta anulación casi total de poder relativo de la dirigencia establecida, fue el puntapié inicial de un proceso de renovación que tenía como propósito –y acaso como virtud- no sólo producir un recambio en las autoridades dirigenciales, sino replantear profundamente los ejes programáticos del partido.

La punta de lanza del sector renovador estaba constituida por la militancia de una numerosa tropa estudiantil, crecientemente movilizada y efectivamente motivada desde la reforma estudiantil de 1918. En el marco de este proceso, crecería el liderazgo de Amadeo Sabattini, quien se encumbraría a la sazón como el máximo dirigente del partido, a través de la utilización estratégica del nuevo recurso del “voto directo para la elección de candidatos” propuesto tempranamente por la juventud partidaria universitaria, que operando como una eficientísima herramienta depuradora, aseguraría en el mediano plazo el desplazamiento progresivo pero implacable, de la vieja dirigencia conservadora de la capital que había liderado a la fuerza desde sus orígenes.

**II-incentivos colectivos versus incentivos selectivos:** por “*incentivos colectivos*” Panebianco entiende aquellos “...*beneficios o promesas de beneficios que la organización*

*debe distribuir a todos los participantes en la misma medida...*” (Panebianco,1990: P. 40), éstos están vinculados sobre todo con los *finés manifiestos* presentes en el programa del partido, e incluyen como razones de su existencia el establecimiento de redes de solidaridad o la satisfacción individual, producto de la identificación con las proposiciones ideológicas del partido. Por su parte los “*incentivos selectivos*”, son aquellos que las organizaciones partidarias distribuyen sólo a algunos componentes del partido, como beneficios monetarios, cargos o estatus.

Nuevamente el autor considera que las distinciones tajantes entre estas dos categorías no operan en la realidad y que su distinción es meramente producto de un planteamiento teórico, pero una cuestión que vale la pena destacar es la idea de que estas categorías no sólo no se excluyen mutuamente, sino que operan en una suerte de simbiosis orgánica, así: “...*La primera función interna de la ideología es la de mantener la identidad de la organización a los ojos de sus partidarios; con lo que se convierte en la fuente principal de los incentivos colectivos. La segunda es la de ocultar la distribución de los intereses selectivos no solo ante quienes, en la organización, no se benefician de ellos sino, a menudo, también a los ojos de sus propios beneficiarios. Esta función de ocultación es fundamental...*”

(Panebianco, 1990:P.42).

El dilema de “los incentivos” igualmente marcó a fuego a los partidos Cordobeses en el contexto abierto por la revolución, mientras que para los radicales la incapacidad manifiesta de repartir *intereses selectivos* centrados en los siempre codiciados cargos en el aparato del estado, los condujo a la necesidad de replantear y fortalecer por el contrario los *intereses colectivos* como forma de sobrevivir a los retos que les imponía el nuevo ambiente represivo, inclinando adicionalmente los equilibrios de poder dentro de la organización hacia aquellos componentes más “comprometidos” con los valores de la intransigencia y la militancia; Fue precisamente la amenaza en la capacidad de seguir

repartiendo “*incentivos selectivos*”<sup>11</sup> con autonomía, lo que impulsó a la dirigencia conservadora del Partido Demócrata a resistir rabiosamente el intento de la minoría nacionalista por “copar” su organización mediante un golpe de mano organizado desde las más altas esferas de la intervención provincial. El hecho de que luego de retomar el control sobre su partido, la dirigencia con su presidente a la cabeza no haya decidido romper inmediatamente con el grupo nacionalista que no había dudado en declararle una guerra interna, profundizando su apuesta por el reparto de “intereses colectivos” capaces de mantener su independencia e identidad, es un ejemplo palpable de la importancia excluyente que los *incentivos selectivos*, cristalizados en este caso en la posibilidad de mantener un acceso privilegiado con las autoridades revolucionarias encumbradas en las más altas posiciones estatales, tenían para los conservadores cordobeses.

**III-adaptación al ambiente versus predominio:** este dilema le plantea a las organizaciones la alternativa de adaptarse a las situaciones impuestas para tratar de retener o aumentar su poder relativo, o apostar por el cambio y la lucha, frente a un ambiente que se presenta como amenazador o poco conveniente a sus ambiciones. En este caso la respuesta de las organizaciones cordobesas fue más que obvia, para los radicales la posibilidad de asociarse a la revolución fue una alternativa vedada desde el principio, y aunque la dirigencia partidaria capitalina intentó llegar a acuerdos puntuales basados en el reconocimiento de las nuevas autoridades<sup>12</sup>, el recrudecimiento de la ola represiva contra sus correligionarios, desde los más moderados hasta los más combativos, sobre todo a partir de la rebelión del teniente Pomar en julio de 1931, impuso casi por defecto una política de resistencia que dotó a los sectores más entrenados y dispuestos a la movilización, de la trascendente posibilidad de escalar rápidamente posiciones dentro de la estructura

partidaria. Es importante destacar que esta “peregrinación por el desierto” inusualmente dura, les generaría a los sabattinistas un inigualable caudal de legitimidad en el futuro, que se constituiría en un factor no menor a la hora de explicar su capacidad notable para encarar el predominio definitivo sobre su fuerza y la política cordobesa a partir de mediados de la década de 1930.

Por su parte los Demócratas se vieron casi impelidos a apoyar desde el inicio a la revolución, a pesar de las disputas puntuales que los enfrentaban con el sector nacionalista, una necesidad explicaba más que ninguna otra esta inefable dependencia: para los conservadores la revolución, con la persecución implacable de sus rivales radicales que implicaba, constituía una garantía cierta de que en las próximas elecciones su partido sería el principal candidato a quedarse con el gobierno. Incuestionablemente afirmados en esta certeza, sus líderes y sobre todo su presidente condicionaron todos sus movimientos a este objetivo. Para sus afiliados, impulsados más que ninguna otra fuerza por el cortoplacismo y el faccionalismo, la lucha sin cuartel contra sus clásicos rivales partidarios habilitaba cualquier violación de los principios de la democracia representativa, de la que increíblemente nunca dejaron de considerarse un componente central y garantía terminante. Esta maquiavélica voluntad de adaptación a cualquier precio, se pagaría más que con creces en el futuro inmediato y no sólo por el conservadurismo cordobés.

**IV-libertad de acción versus constricciones organizativas:** este dilema hace referencia al poder relativo de los liderazgos partidarios frente a las constricciones que le imponen la existencia de reglas de funcionamiento y una estructura de poder interna, a la que los primeros se tienen que avenir a respetar para evitar la desaparición de la imprescindible cohesión interna. Según Panebianco, la relativa autonomía de la clase dirigencial lejos de ser



una muestra de la decadencia de las estructuras partidarias, como lo plantean los análisis que siguen al pie de la letra “la ley de hierro de la oligarquía” propuesta por el sociólogo Robert Michels, son un recurso adaptativo fundamental, que le proporciona a las instituciones la capacidad de enfrentarse rápidamente a condiciones de cambio muchas veces impredecibles. De manera que el mantenimiento de márgenes de libertad de acción por parte de los agentes, se constituye en los análisis de las organizaciones, en un factor fundamental a la hora de dar cuenta de los complejos procesos organizativos que experimentan.

Para los partidos cordobeses, este dilema siempre presente casi dejó de serlo durante el interregno de Uriburu, ya que las duras condiciones impuestas por la revolución determinaron un arco de respuestas más que limitado frente a esta cuestión. Para los Demócratas los desafíos de la minoría nacionalista iniciados con la llegada del interventor y la sucesión imparable de escenarios políticos y electorales que sobrevinieron a medida que la revolución atravesaba por los distintos procesos de crisis que la acosaron, impusieron a su presidente Emilio Olmos un protagonismo casi excluyente, que lo llevaría inclusive a transformarse en una referencia importantísima a nivel nacional, como uno de los responsables más visibles del nuevo partido Demócrata nacional. Sus permanentes viajes a la Capital Federal para negociar en persona con los referentes revolucionarios las condiciones del mantenimiento de su fuerza como un aliado, indicaban que su espacio de maniobra frente a los demás componentes de su partido era casi total. Además, el aislamiento y la derrota a la que habían quedado reducidas las fuerzas nacionalistas luego de la convención partidaria que lo consagró como candidato a gobernador, quitó de su camino a casi todos los rivales internos con alguna posibilidad cierta de obstaculizar seriamente sus planes. Durante todo el año 1931 Olmos sería no sólo candidato a gobernador sino que retendría a

pedido de sus propios correligionarios la presidencia del partido, únicamente la enfermedad y su muerte repentina lo correrían abruptamente de la escena política, que seguramente le hubiera reconocido un rol destacado en el marco de la era conservadora que se abriría con la elección de Justo.

Para los radicales el desplazamiento de sus principales dirigentes impuso una realidad completamente inversa, aquí quienes se caracterizaron por su autonomía fueron las figuras emergentes que aspiraban al comando y sobre todo Sabattini, que supo aprovechar más que ninguno de sus competidores internos la dispersión de la cúpula partidaria, visiblemente disminuida en sus poderes coactivos frente a los activistas, para ir desgastando y deslegitimando hasta el final a sus adversarios internos, con el propósito expreso de generar las condiciones para la emergencia de un liderazgo casi sin límites.

El “sabotaje” que los Sabattinistas y sus aliados en la capital realizaron de los sucesivos congresos y convenciones partidarias que pretendían reorganizar el partido durante casi toda la primera mitad del año de 1931, revelan que para Sabattini la alternativa de retomar una normalidad institucional por una vía que no controlara por completo, sería una garantía de volver a sumergir al partido en disputas intestinas que habían caracterizado hasta aquí su existencia. De manera que el líder de Villa María supo sacar una ventaja excepcional del clima represivo impuesto por la dictadura Uriburista, que le otorgó la posibilidad decisiva de ir desplazando progresivamente a sus debilitados enemigos de cara a consolidar su liderazgo personal. Cuando 1931 llegara a su fin, el líder de Villa María ya sería el principal referente de su fuerza y en 1936 se transformaría finalmente en uno de los gobernadores más relevantes del siglo XX cordobés<sup>13</sup>.

Como ya planteamos para el caso de los partidos cordobeses, la emergencia de la dictadura Uriburista, lejos de clausurar el debate político sobre las características de la representación en un marco de democracia de



partidos en construcción -como por otra parte era su intención más expresa-, le dio una vida inédita, que llevaría a la provincia mediterránea a experimentar una "primavera democrática" en la segunda mitad de la década de 1930, en medio de un panorama nacional marcado por la vigencia absoluta y deprimente del "fraude patriótico". Este reverdecer de instituciones que se presentaban como fuertemente agotadas y deslegitimadas a nivel nacional, probaban que los partidos cordobeses habían logrado sobrellevar con más éxito que sus homólogos nacionales los retos de tener que operar en un clima marcado por aquel ethos conservador y antimodernista que mencionábamos en la primer parte.

Las estrategias adaptativas y disruptivas por las que se caracterizarían estas fuerzas en los años posteriores, se desarrollarían entonces puntualmente durante el convulsionado pero revigorizante interregno Uriburista. Probablemente una explicación de este vigor se vincule con la ya mencionada extensa y despiadada tradición de luchas entre los sectores liberales y la derecha clerical de la ciudad, si por algo se caracterizaban estos enfrentamientos agudos, era por la necesidad del sostenimiento constante de una militancia por demás activa y siempre movilizada en las dos fuerzas. Este contexto de movilización creciente, posibilitaba entre otras cosas que los partidos cordobeses se articularan rápidamente con las disputas nacionales, garantizándoles una proyección inmediata, patrón de acción que no se reduciría a la década del 30', sino que transformaría al sistema político de la provincia en un componente ineludible del escenario político del convulsionado y sangriento siglo XX Argentino.

### **3. Conclusiones: La crisis política y la historia**

*"...el acontecimiento es una actualización única de un fenómeno general, una realización contingente del modelo cultural,*

*observación que puede ser una buena caracterización de la historia tout court..."*  
(Sahlins,1997:P.9)

Para terminar, me parece pertinente reflexionar brevemente sobre tres conceptos que reverberan en el marco del proceso que analizamos: *crisis política, sistema cultural y relato histórico*. Si indudablemente la experiencia revolucionaria encabezada por Uriburu y atravesada por las innumerables contradicciones que describimos en la primera parte, sigue representando un reto interpretativo para los historiadores que encaran su estudio, más conmovedora es aún la desorientación que esta experiencia dejó en sus contemporáneos, que como Olmos consideraron casi imposible abordarla en una aproximación inmediata en el tiempo que pudiera dar cuenta, aunque sea modestamente, de los innumerables cambios que desató en las expectativas y las posiciones de los personajes que la llevaron adelante.

Esta incertidumbre comenzó con la forma casi caricaturesca con la que fue derrocado un gobierno ampliamente popular que terminó sus días en una desorientación innegable, pero se extendió cuando las autoridades revolucionarias comunicaron intempestivamente sus intenciones de llevar adelante un proyecto político propio, cuyos propósitos consistían nada menos que en alterar decisivamente el funcionamiento del todavía joven sistema democrático ampliado nacido de la ley Sáenz Peña. El contexto cercano a la anomia que se presentó a partir del colapso del grupo nacionalista luego de las elecciones de abril en la provincia de Buenos Aires a principios de 1931, del que el gobierno revolucionario sólo pudo salir entregándose sin condiciones a las ambiciones del general Justo y a una política represiva cada vez más desembozada, puso a los actores partidarios nacionales frente a un predicamento del que parecieron no poder escapar y del que únicamente se librarían a costa de avenirse a sancionar con su complicidad la puesta en

funcionamiento irreversible de la república imposible.

Esta circunstancia casi inverosímil de una comunidad política que se aventura por infaustos caminos ya recorridos consiente de su propio retroceso, pero al mismo tiempo dramáticamente incapaz de decidirse a dar el primer paso hacia adelante, que define tan bien Halperín cuando la describe como de "república imposible", lleva a actualizar el debate respecto de los límites y las complejas relaciones existentes entre la práctica social y las estructuras que la enmarcan.

En un fenomenal texto inclasificable, Marshal Sahlins aborda estas cuestiones a partir del análisis de la contradictoria muerte del capitán Cook a manos de un grupo de polinesios Hawaianos en el siglo XVIII, el hecho despertó las fantasías de generaciones y contribuyó decisivamente en las definiciones que los accidentales construyeron y aplicaron a los "salvajes" que pretenderían colonizar en el siglo siguiente. Como en casi todo hecho notable y permanente de la experiencia humana, en este caso también "la contradicción", entendida como la diferencia entre lo que se espera o está pautado y lo que realmente ocurre, jugó un rol fundamental. Ella estaba configurada en esta oportunidad por el elemento fantástico de que los exploradores y específicamente el capitán de la expedición fueron inicialmente recibidos y despedidos como dioses por sus futuros victimarios, luego, en un segundo, extraño y contingente acto, iniciado a sólo unos días de su partida, un percance con el trinquete de su nave obligó a los marinos a retornar a las islas que acababan de abandonar. Ante esta llegada repentina, los nativos optaron imprevista y violentamente por tratarlos como enemigos acérrimos, atacándolos sin piedad y arrebatando truculentamente la vida del famoso explorador y jefe de la expedición, cuyo cuerpo fue despedazado.

La explicación que ensaya Sahlins de este hecho tan particular, lo lleva a exhumar las representaciones que occidentales y polinesios construyeron alrededor de su encuentro

trascendente que rápidamente trasmutó en desencuentro y violencia, la clave que propone se centra por supuesto en la noción de cultura, entendida como "el sistema de significaciones" que los dos grupos utilizaron para tratar de dar sentido al singular momento que les tocaba vivir. De acuerdo con su análisis más estricto, concluye que al volver intempestivamente luego de haber sido despedido como un dios, el capitán puso en cuestión con su presencia repentina el rol que se le había asignado inicialmente y ello le costó la vida:

*El capitán Cook les parece un dios ancestral a los sacerdotes hawaianos, un guerrero divino, más bien a los jefes y evidentemente, cualquier otra cosa a los hombres y mujeres corrientes...Al actuar desde perspectivas diferentes, y con diferentes poderes sociales para objetivar sus respectivas interpretaciones, los individuos llegan a diferentes conclusiones y las sociedades elaboran consensos diferentes. La comunicación social constituye tanto un riesgo empírico como una referencia al mundo. Los efectos de esos riesgos pueden ser innovaciones radicales (Sahlins, 1997: P.11)*

Es claro en este párrafo que para el autor "la práctica social" no está determinada por una "estructura cultural" infalible como instancia de determinación, ni mucho menos, después de todo, quienes decapitaron al capitán fueron las manos de alguien. Sin embargo sin una idea clara de a quién se estaba matando y porqué, el esfuerzo ritual trascendente (su víctima era considerado una figura divina) de terminar con su vida, hubiera sido impensado, "...lo que acontece, entonces, es la proyección del orden existente, aun cuando lo que acontece no tenga precedentes...-el orden cultural se reproduce a sí mismo en el cambio y como cambio. Su estabilidad es una historia fluctuante de las fortunas cambiantes de personas y grupos..." (Sahlins,1997:P.13), como vemos, la práctica se instituye aquí en algo así como una puerta abierta a la cultura, a las representaciones y a sus posibles mutaciones, en este sentido es "en

la práctica" y "en el cambio" en donde acontece la historia, o donde se hace posible que es lo mismo.

Dejando de lado los paralelismos evidentes entre la efigie trágica y heroica del capitán Cook y las del "revolucionario" Urriburu, incapaces ambos de representar efectivamente los roles que les asignó un mundo en la efervescencia del cambio, sus experiencias contradictorias son las ventanas abiertas de par en par al complejo mundo en el que vivieron -y padecieron-. Es evidente que cuanto más contradictorias las experiencias más cambio garantizan y en este sentido la experiencia que nos ocupó no sería la excepción, en relación con esto último, Sahlins interpreta aquellos momentos tan particulares aplicando el concepto propio de *estructura de la coyuntura* esto es: "...una serie de relaciones históricas que reproducen a la vez categorías culturales tradicionales y les dan nuevos valores a partir del contexto pragmático..." (Sahlins, 1997:P.121).

Si por algo se caracterizaría el período abierto por la revolución de setiembre sería por esta posibilidad excepcional de experimentar nuevas formas de prácticas políticas, que serían hijas de aquel quiebre en el consenso respecto de la vigencia de las expectativas modernizantes y liberales que marcábamos al inicio, pero que además alterando los patrones organizativos de las principales fuerzas políticas del país, comenzarían a trazar las sendas por las que atravesaría la política argentina en el futuro inmediato.

Parece paradójico -aunque no lo es de ninguna manera- que sea precisamente la extensión transversal de esta "voluntad de cambio" entre los agentes que componen la comunidad, la que permita entender los rasgos "más permanentes" de las estructuras sociales donde se proyecta, esto asocia a la Historia como voluntad de análisis con los "contextos de crisis" a los que está indisolublemente vinculada como posibilidad de relato significativo. Será en un segundo momento que esta historia entendida como voluntad de análisis dé cuenta de "la crisis" que la

engendró, esta vez como su objeto de estudio, configurando una circularidad que se me ocurre fantástica entre crisis e historia que no deja de hablar de contextos vertiginosos, particularmente ricos en matices y por ello reveladores.

Si bien la experiencia Urriburista estuvo muy lejos de cumplir con sus objetivos manifiestos, se transformó en una posibilidad notable para el cambio, en una "*estructura de la coyuntura*", absolutamente provechosa para desarrollar nuevas pautas de acción que resignificaron de alguna manera todas las ideas previas. El escenario político Cordobés durante este período es uno de los ejemplos más imponentes de esta "actualización única" de conflictos de vieja data, las disputas que ya agitaban la vida de la ciudad se desplegaron en ese año y medio "plagado de incidencias" con particular intensidad, tanto la derecha clerical como los partidos y los grupos reformistas, intentaron imaginar en aquel contexto imprevisible impuesto por la revolución, nuevas prácticas políticas que les permitieran terminar definitivamente con sus enemigos de décadas.

Por supuesto que estas iniciativas no se cumplirían ni mucho menos, pero esta particular coyuntura de apuestas en alza generaría mutaciones profundas en las representaciones y las posiciones sociales que se cristalizarían en los años por venir, confirmando una vez más que la historia es "permanencia en el cambio": "...en la naturaleza de la acción simbólica, la diacronía y la sincronía coexisten en una síntesis indisoluble. La acción simbólica es un compuesto doble formado por un pasado ineludible y un presente irreductible..." (Sahlins.1997, P:141).

#### 4. Notas

<sup>1</sup> *Los principios*. Viernes 19 de febrero de 1931. Pág.2.

<sup>2</sup> Una copia completa del discurso en: *Los principios*. Jueves 16 de octubre 1930. Pág. 7.

<sup>3</sup> Al respecto se pueden consultar los estatutos de la flamante Acción Católica publicados en: *Los principios*. Sábado 4 de abril de 1931. Tapa.

<sup>4</sup> Las iniciativas del nacionalismo tradicionalista no sobrevivirían a la traumática experiencia Uriburista y quedarían subsumidas en gran medida en el proyecto político del nacionalismo clerical, encarnado en la institución de la Acción Católica Argentina. Tal vez la prueba más contundente de esta síntesis, sea la herencia que la iglesia obtuvo de sus refugiados, y que consistía en aquella relación política privilegiada con una parte importante de la oficialidad el ejército, que le garantizaría un rol protagónico en la política Argentina del siglo XX.

<sup>5</sup> Los extensos debates sobre el régimen político y particularmente la sobrevivencia o no de la democracia nacida a partir de la vigencia de la ley Sáenz Peña, funcionaron como un poderoso catalizador en la configuración de nuevas representaciones y prácticas políticas que operarían con fuerza en las décadas por venir. La intensidad particular que este debate alcanzó en Córdoba, le garantizaría a sus agentes un lugar protagónico en las disputas nacionales que esperaban desarrollarse en el futuro político del país, tanto el radicalismo sabattinista y su liberalismo personalista y movimientista, como la derecha clerical con su obsesión por la movilización de masas, no tardarían en proyectar su influencia en el ámbito nacional. Ambos jugarían un rol central no sólo en lo que quedaba de la década de 1930, sino en los principales procesos que encuadraron la compleja experiencia peronista: Sabattini sería uno de los artífices del golpe de mano que terminó con la detención del coronel Perón en 1945, y su centralidad en el marco nacional se expondría con el ofrecimiento -que el líder intransigente no tardaría en rechazar- de acompañarlo en la fórmula presidencial de 1946; Por su parte la derecha clerical tendría la ocasión de comenzar a capitalizar políticamente su apuesta por la movilización de masas, durante las agitadas jornadas que llevaron a la revolución libertadora a derrocar al régimen peronista en 1955.

Las insuperables dificultades políticas que ambas experiencias encontraron en el complejo escenario nacional que les tocó ocupar, las condenarían a desaparecer subsumidas en las borrascas de otros procesos políticos más visibles: el sabattinismo sería desplazado por la experiencia de la unión democrática y la derecha clerical vería a su representante, el general Lonardi, rápidamente siendo despojado de su cargo de dictador por un representante más "liberal" del emergente "partido militar". Pero no obstante estos reveses finales, sus fantásticas experiencias no dejan de

poner de relieve conmovedoramente, que las peculiaridades de la trayectoria política de las fuerzas cordobesas iniciadas ambas en los albores de la década de 1930, en la fragua de la experiencia nacionalista y uriburista, operaron también como un lastre que las condenaba a padecer el hecho de representar evoluciones políticas que aunque vertiginosamente potentes, fueron muy difíciles de encajar en un entorno nacional en el que sus aportes siempre parecieron estar en gran medida fuera de lugar.

<sup>6</sup> Un ejemplo notable de esta tenacidad militante lo constituye una organización política estudiantil radical denominada "*comité universitario radical de córdoba*", que sería la iniciadora del reclamo por la reforma de los mecanismos de elección interna tendientes a instaurar el "voto directo" en la elección de candidatos de su fuerza. Éste a la sazón sería el instrumento a partir del cual el sabattinismo se apoderaría del comando del partido. Para cotejar las características de su manifiesto, ver: *La voz del interior*. Sábado 18 de octubre de 1930. Pág. 9.

<sup>7</sup> *La voz del interior*. Miércoles 23 de diciembre de 1931. Pág. 5.

<sup>8</sup> Se puede certificar esta ruptura en: *Los principios*. Viernes 19 de setiembre de 1930. Pág.3.

<sup>9</sup> Una cobertura más que mordaz de esta convención, que sin dudas tuvo un efecto político trascendente en: *La voz del interior*. Domingo 16 de noviembre 1930. Pág.9.

<sup>10</sup> Como ejemplo se puede consultar los pormenores del amplio procedimiento que terminó con la prisión del jefe del partido y exgobernador, Antonio Ceballos, y un conjunto de sus funcionarios en: *Los principios*. Domingo 14 de setiembre de 1930. Pág.7.

<sup>11</sup> En relación con esto, es importante recordar la resistencia implacable por parte de la dirigencia demócrata a que sus afiliados y cuadros políticos participasen como funcionarios en el gobierno de la intervención encabezado por su rival Iburguren.

<sup>12</sup> La "seducción" operada por el "Justismo" durante la fugaz campaña electoral de finales de 1931, fue una muestra palpable de esta circunstancia.

<sup>13</sup> En diciembre de 1931, Sabattini, ya en una incuestionable posición de poder dentro de su partido, sintetizaba en una frase vertida en un extrañamente extenso reportaje periodístico (el estilo Irigoyenista de



su liderazgo imponía recelar profundamente de las manifestaciones públicas), toda la convulsionada experiencia del año 1931 y sobre todo la naturaleza última de su estrategia política: "...hoy, el partido en plena adversidad, sufrirá espontáneamente la depuración anhelada...". *La voz del interior*. Miércoles 16 de diciembre de 1931. Pág.8.

## 5. Bibliografía

Arlt, Roberto (1931): *los siete locos*. Buenos Aires. Centro editor de cultura.

Blanco, Jessica E. (2008): *modernidad conservadora y cultura política: La Acción Católica Argentina (1931-1941)*. Córdoba Editorial Facultad de filosofía y humanidades UNC.

Halperín Donghi, Tulio, (2004): *La república imposible*(1930-1945). Buenos Aires. Ed. Ariel.

Koselleck, Reinhart (1993): *Futuro pasado*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Panebianco, Angelo (1990): *Modelos de Partido*. Madrid. Alianza editorial.

Sahlins, Marshall, (1997): *Islas de historia*. Barcelona. Editorial Gedisa.

Zanatta, Loris, (1996): *Del estado liberal a la nación católica*. Editorial universidad nacional de Quilmes.

